

por algunos de sus miembros, no deja por eso de ser sensible que en asociaciones de esta naturaleza no se tome ántes de todo en consideracion el juicio de la única potestad á quien es dado resolver aquellas cuestiones. Las misiones de la Araucania nunca llegaron á aquel grado de prosperidad que tuvieron las de Paraguay, Tucuman, Marañon y otras que administró la Compañía de Jesus en distintos puntos de la América española. Y no ha sido resultado este de falta de espíritu de los misioneros, porque hombres ha habido celosos á toda prueba que, en medio de los peligros mas graves é inminentes, no desmintieron su celo ni su valor moral á toda prueba heróicos. Horacio Vechi y Martín de Aranda mueren alanceados en los campos de Elicura; Elguea quemado en Nahuelguapi; Fr. Diego Pezoa degollado en Valdivia; Fr. Pablo de Bustamante descuartizado en Angol y otros muchos sacerdotes que durante el medio siglo inmediato al establecimiento de las colonias españolas en Chile predicaron á los araucanos, murieron tambien á manos de estos con diversos géneros de martirio. Ciertamente estos hombres tenían celo, ardor, caridad y fortaleza, y sin embargo no se arraigó la fe en aquellas comarcas, á pesar de haber sido regadas con sangre de mártires, fecunda en todas partes para propagar el conocimiento y las virtudes del Cristo.

Los indigenas, con veleidad asombrosa, hoy querian y establecian misiones que destruían mañana, y apénas recibian el bautismo cuando volvian á las costumbres de los infieles que habian abandonado para profesar la religion católica. Es necesario, pues, buscar otras causas á

este mal y removerlas con la prudencia y el fin que merece su misma gravedad. Los que desde el principio de la conquista han observado atentamente los sucesos y se han encontrado en situacion de apreciar en su verdadero valor las causas que han influido sobre ellos, han dado su opinion sobre la materia. Luis de Valdivia, el Las Casas de la América del Sud, pidiendo á Felipe II que hiciese retirar de las fronteras de Arauco á los soldados españoles; el clamor continuo de los misioneros que ven en los cristianos de raza europea que viven entre los indigenas el primer obstáculo para la conversion de estos á la fe católica; la opinion casi uniforme de los viajeros sensatos que creen imposible pueda obrarse una conquista pacífica y provechosa para la sociedad entre los araucanos, miéntras el país de estos ofrezca asilo seguro á los criminales que huyen del castigo con que las leyes reprimen los delitos, todo esto indica con bastante precision cuál es la primera y mas poderosa causa de la repugnancia que los araucanos han mostrado á la religion cristiana. El objeto y la naturaleza de esta obra no nos permiten indicar todas las demas que influyen en retraer de la fe á hombres bárbaros: otros las han indicado con detencion, y nosotros repetimos solamente que la causa de todos los males que retardan la conversion de los araucanos está en los individuos á quienes interesa la barbarie de estos (1). Mucho podrá contribuir la escasez de sacerdotes, de templos, de escuelas, y de otros elementos convenientes para el objeto; pero estos no pueden producir un resultado, miéntras que subsistan aquellas

(1) Nota n.º 6 (f).

graves dificultades. « Las principales medidas que podría tomar el gobierno, dice un viajero que hemos citado ya, deben ser : 1º Organizar del mejor modo posible la población cristiana limitrofe, proveyéndola de buenos párrocos, escuelas y gobernantes ; 2º la de buscar entre ella ó en otros puntos de la república, hombres honrados, sobrios, desinteresados y valientes para ponerlos á la cabeza de las capitánias de indios, dotando estos empleos con buenos sueldos y dándoles también buenas instrucciones. Con esto se principiaría una campaña larga, justa y pacífica en la cual, mientras los misioneros y los capitanes de indios con sus respectivos jefes formasen la vanguardia y cuerpo militante, organizadas entre la población fronteriza las milicias sirvieran para inspirar respeto á los reducidos y á los que quedasen por reducir (1). »

Hombres de aquellos á quienes sin título alguno que les recomiende se pretende exhibir en los Estados de América como profundos políticos, ó como estadistas consumados, en el recinto de las cámaras de Chile, han levantado su voz alguna vez abogando en favor de la conquista armada, como único medio de realizar la reducción de la Araucanía. Para sostener su opinión presentaron al hijo robusto de aquellas pintorescas selvas como « enemigo encarnizado de los cristianos, traidor, altanero y atrevido. » Mas donde quiera que se encuentre al hombre valiente por naturaleza, ajeno de los principios que moderan las pasiones humanas, se le encontrará siempre dominado por aquellas propensiones feroces y brutas

(1) I. Domeiko, *La Araucanía*.

les. ¿Cuál fué el aspecto de los pueblos que los conquistadores romanos encontraban en el centro de la Europa, cuando era esta aun ese bosque eterno que ocultaba en su corazón pueblos y naciones desconocidas de los demás hombres? El valor es noble y hermoso cuando se despliega sirviendo una causa justa; pero este principio no puede conocerlo quien no tiene idea cabal de la justicia, y vive esclavo de pasiones impetuosas. Para esta la única ley que existe es la guerra en que prevalece la fuerza, y el único código donde encuentra sancionadas sus obligaciones es la posibilidad de realizar lo que le inspiran sus instintos extraviados en odio de sus enemigos. Inspírese á ese hombre sentimientos diferentes, ilústresele con la luz de la fe divina y sus sentimientos experimentarán un cambio completo. La fuerza no convence sino que exaspera, y los triunfos de la fe y de la civilización no se operan sino por el convencimiento. Las ruidosas victorias obtenidas por medio de las armas intimidan, la violencia ó irrita ó envilece, pero jamás convence, y en cualquiera de estos dos casos no se conseguiría el fin propuesto.

El medio más seguro de reducir á los araucanos han dicho otros, « es suavizar sus costumbres mediante el comercio y las poblaciones. » A los que no conocen el corazón humano podrán alucinar las utopías; mas el hombre no dejará por eso de ser hoy el mismo que fué ayer. Y en ese hombre no se obran cambios radicales sino poniendo en acción su corazón y su conciencia, su voluntad y su amor. ¡El comercio y los pueblos! La verdadera civilización se dirige á reformar las ideas, las costumbres y

las inclinaciones de los individuos, y á este grande objeto no puede llegarse si no se busca el medio de la fe, único que tiene fuerza para obrar sobre la conciencia del hombre. ¿Podrá jamas civilizarse al araucano sin que se desprenda voluntariamente de sus serrallos, de sus embriagueces, de sus malones y de sus adivinos? ¿Se le podrá civilizar mientras que una pasion exaltada le haga volar en persecucion de su enemigo para sacrificarle á su venganza y recrearse chupando la sangre de aquel corazon que cree haber palpitado alguna vez de placer bajo las impresiones que recibió haciéndole mal? ¿Las observaciones ó los respetos debidos á especuladores, por honrados que se les suponga, les podrán inducir á poner en libertad á sus esclavos y á emancipar ese numeroso y repugnante cortejo de mujeres que les rodea en el hogar doméstico? No y mil veces no. El hombre salvaje nada hace por respetos humanos, ni mira para obrar ninguna cosa fuera de su conveniencia; respeta sus caprichos y obedece sus antojos mas que el hombre civilizado pero sin fe respeta sus principios, porque aquellos son sus convicciones, son como su naturaleza, y mil veces si es necesario enristrará su lanza para sacrificar á quien se atreva á detenerle en la ejecucion de lo que ellas le inspiran. El comercio añadirá pábulo, si se quiere, á su codicia, excitará mas su interes por los bienes, y la codicia y el interes despertados en hombres sin conciencia, ¿qué infinidad de males no produjeron en todas partes? Cuando la Inglaterra se apoderaba de la India y explotaba sus tesoros, un ministro de la corona, sin fe alguna religiosa, encargaba á los agentes del gobierno que no inquietasen

á los indigenas en sus antiguas creencias, y que respetasen sus pagodas y sus ceremonias bárbaras y supersticiosas. Un crecido número de misioneros anglicanos pagados por el tesoro de la Gran Bretaña y por el de la Sociedad bíblica de Lóndres esparcieron millones de biblias impresas en la lengua de los bonzos y de los brahmanes; esto estaba en armonia con las órdenes del ministerio y en armonia tambien con los principios de propaganda protestante. Las consecuencias de aquellas órdenes y de esta propaganda estéril y sin alma las palpa hoy bien dolorosamente la Inglaterra. Los hijos de esa gran nacion á quien intencionalmente se conservaban sus pagodas, sus sacerdotes, sus ceremonias y sus prácticas aun las mas repugnantes y se les unia á los europeos solo por el comercio y por el contacto con los individuos que á millares emigraban de los países mas civilizados para ocuparse de especulaciones, no abandonaron ni sus costumbres, ni sus creencias, ni mucho ménos su apego á sus instituciones y á su gobierno nacional. La guerra encarnizada de la India que ocupa hoy la atencion del mundo, y en la que no siempre la fortuna ha coronado los esfuerzos de los hijos de la Gran Bretaña, es una consecuencia natural de aquel sistema.

No sé por qué especie de aberración nuestro siglo, que se precia de poseer luces superiores á las de cuantos le precedieron, da apenas alguna mirada desdeñosa sobre todo cuanto tiende á elevar el espíritu humano restituyéndole su dignidad. Parece que su orgullo se ve humillado por esa fe que busca fuera del hombre y atribuye á principios sobrenaturales la rehabilitacion del ser racional

degradado por la barbarie. De aquí ese empeño por buscar en el hombre mismo elementos que no posee, como si este á pesar de todos sus esfuerzos pudiera emanciparse alguna vez del poder que le formó. ¡Insensatos los que así piensan! La civilizacion, cuya marcha retardan obedeciendo á sus mezquinas preocupaciones, les acusa como enemigos suyos y les condena como temerarios y pretenciosos. Miéntras tanto, Aquel en cuya mano está la suerte de los pueblos y á cuya señal se mueven las naciones y los imperios como si fuesen un solo hombre, dirigiendo á la tierra su voz de trueno, « Oid, pueblos, dice, os hablaré yo que soy Dios; Dios vuestro soy yo. Pensasteis que era yo como vosotros y yo os deje entregados por eso á vuestros locos pensamientos. Entended todos los que desconocéis mi poder y olvidáis la grandeza de mi virtud: al que me honrare le mostraré el camino que le salvará y al que confesare mi nombre le daré vida (1). » ¡Ved ahí el programa eterno de la civilizacion! Este deben respetar tambien como el único verdadero y real todos cuantos trabajan en beneficio de los pueblos. Nada importan para el progreso de estos los largos escritos, llenos de teorías irrealizables las mas, y mucho ménos importan las acaloradas discusiones que se agitan en el seno de asambleas compuestas de hombres que ni conocen ni les interesan los males ajenos. Si, les importa adquirir luz; pero esa luz que derrama vida sobre el espíritu é inspira en el alma nobles emociones; pero esa luz que deja ver toda la fealdad que contiene el vicio y todos los atractivos

(1) David, salm. L y LI.

que hacen amable la virtud; pero esa luz, en fin, que sin acobardar al hombre lo hace moderado y sin envilecerle le somete á la voz de su conciencia y á las prescripciones de las leyes. Esa luz es la Religion. Los que pretenden ser posible civilizar á los pueblos sin el auxilio de esta, viven empeñados en contradecir las mas nobles exigencias del espíritu humano, en detener la marcha señalada á la sociedad por su soberano legislador y en hacer prevalecer los cálculos del hombre sobre los arbitrios que tiene señalados la divina Providencia.

